



El país de la Pizarra Ana María Matute



DESTINO

El país de la Pizarra

Ana
María
Matute

Ilustraciones de
Albert Asensio

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1307

© Herederos de Ana María Matute, 1978, 2000

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

© de las ilustraciones: Albert Asensio

Primera edición: 1978

Primera edición en Ediciones Destino: noviembre de 2014

ISBN: 978-84-233-4865-7

Depósito legal: B. 22.467-2014

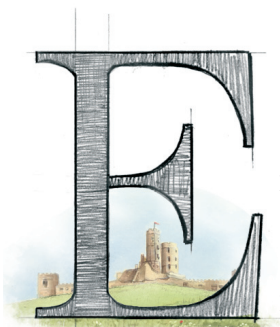
Impreso por Artes Gráficas Huertas, S. A.

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



n el país de Cora-Cora se preparaban grandes festejos. Faltaban sólo ocho días para el cumpleaños del rey, y el carpintero real estaba muy ocupado terminando los hermosos caballos de madera para el gran tiiovivo que todos los años, por aquellas fechas, se instala-

ba en el parque de palacio. Los años que el rey de Cora debía de cumplir no pasaban de cuatro, pero esto no importaba para que en el país todos los habitantes fueran muy felices.

Todas las mañanas, el carpintero real sacaba al huerto de su casa los caballos recién pintados, para que el calor del sol los secase. La tapia del huerto se llenaba entonces de cabezas que curioseaban. Los más felices eran los

hijos del carpintero, un niño y una niña llamados Moncho y Felpa, que ya empezaban a ayudar a su padre en aquel trabajo. Esperaban con gran ilusión el día del cumpleaños del rey, pues en aquella fecha se abrían las puertas del jardín real para todos los niños de la ciudad, que podían montar en el tiovivo, comer helados de color de rosa, jugar a la pelota y pasearse en la barca de oro del estanque. Además, verían al

rey y a su hermana la princesa, que ya tenía seis años, y era la princesa más princesa que se pueda imaginar. Tan ilusionados como ellos, esperaban la fiesta sus vecinos Pelusa y Caracol. Éstos eran una niña y un niño, hijos del real profesor, que todas las mañanas se dirigía a palacio para enseñar el abecedario al rey y la tabla de multiplicar a la princesa. Pelusa y Caracol se asomaban muchas veces a la tapia del huerto,

para contemplar el trabajo del carpintero y de sus hijos. Los caballos aparecían recién pintados, y brillaban mucho al sol.

Todo marchaba muy bien, hasta que una mañana, la misma víspera del cumpleaños del rey, Pelusa asomó la cabeza por la tapia y llamó a sus amigos con una voz muy triste.

—Mi padre está en un gran apuro —les dijo—. Esta mañana, mientras

daba la clase, la princesa desapareció y nadie sabe dónde está. Mi padre no ha podido explicar cómo fue, porque no lo sabe y, hasta que no aparezca, todos le echan la culpa de haberla raptado. ¡Es horrible!

—¡No puede ser! —dijo Moncho, muy alarmado—. ¿Es verdad eso?

—¡Y tan verdad! —respondió Pelusa, dando un gran suspiro—. Fue algo rarísimo. Seguro que cosa de magia o de

brujas. Mi padre le había mandado resolver una suma muy larga en la pizarra. Se puso a mirar un libro y, cuando volvió la cabeza, ¡la princesa había desaparecido! Allí estaba la suma intacta, pero la princesa no estaba. Y todas las puertas y las ventanas estaban bien cerradas, os lo juro. Mi pobre padre está hecho un lío. ¡No sé qué va a pasar si la princesa no aparece! Todos andan muy serios por palacio.